CAPÍTULO XIII

EL CARÁCTER. — EL VERDADERO CABALLERO

El carácter es la mejor propiedad de un hombre. — Carácter de Francisco Horner. — Franklin. — El carácter es poder. — Las cualidades más elevadas del carácter. — Reglas de conducta de lord Erskine. — Es necesario un dechado elevado de la vida. - Veracidad. - Carácter de Peel, por Wéllington. -Sed lo que aparentais ser. — Integridad y honradez de acción. - Importancia de los hábitos. - Los hábitos constituyen el carácter. — Desarrollo del carácter en la juventud. — Palabras de Robertson, de Brighton. — Maneras y principios morales. - Cortesia y bundad. - Anécdota de Albernethy. - Verdadera politica. — Los hombres magnánimos no pertenecen exclusivamente á un rango. — Guillermo y Carlos Grant, los « Hermanos Cheeryble. » — El verdadero caballero. — Lord Eduardo Fitzgerald. — Honor, probidad, rectitud. — El caballero no puede ser sobornado. — Anécdotas de Hanway, Wéllington. — Wellesley y sir C. Napier. - El pobre en dinero puede ser rico en talento. — Un noble campesino. — Intrepidez de los boteros de Deal. — Anécdotas del emperador de Austria y de dos marineros ingleses. - La veracidad hace el exito del caballero. — El valor y la gallardía. — Caballeros en la India. - Outram, Enrique Lawrence. - Lord Clyde. - Los soldados rasos en Agra. — El naufragio del Birkenhead. — Uso del poder es la piedra del caballero. - Sir Ralph Abercoombie. -El caracter de sir Francisco Drake, por Fuller.....

I A YÚDATE!

CAPÍTULO PRIMERO

AYUDA PROPIA - NACIONAL É INDIVIDUAL.

El valor de un Estado, no es otra cosa más que el valor de los individuos que le componen. — J. S. MILL. (4)

Ponemos demasiada conflanza en los sistemas, y muy poco cuidado en los hombres. — B. Disran-

Que el cielo ayuda á aquellos que se ayudan es una máxima bien probada, y que encierra en pequeños límites el resultado de una inmensa experiencia humana. El espíritu de la ayuda propia es la raíz de toda verdadera mejora en el individuo, y, manifestado en la vida de muchos, constituye el verdadero origen de la energía y de la fortaleza nacional. La ayuda de fuera es á veces enervadora en sus efectos, pero la ayuda de adentro vigoriza invariablemente. Cualquier cosa que se haga para los hombres ó las clases, quita hasta cierto punto el estímulo y la necesidad de hacerlo para si mismo; y donde los hombres se hallan sometidos á una dirección y á un gobierno excesivos, resulta la tendencia inevitable de hacerlos comparativamente desvalidos.

Ni aun las mejores instituciones pueden dar á un hombre una ayuda activa. Quizá lo más que pueden hacer es dejarle libre para

(1) The worth of a State, in the long run, is the worth of the individuals composing it. — J. S. Mill.

(2) We put too much faith in syslems, and look too little to men. - B. DISRAELI.

¡AYÚDATE!

1

desarrollarse y mejorar su condición individual. Pero en todo tiempo se han sentido los hombres inclinados á creer que su felicidad y bienestar debieran ser asegurados por medio de las instituciones más bien que por su misma conducta. De aquí proviene que el valor de la legislación, como agente del progreso humano, haya sido generalmente estimado con exceso. El hecho de constituír la millonésima parte de una legislatura al votar por uno ó dos hombres una vez en tres ó en cinco años, por concienzudamente que haya sido llenado este deber, poca influencia activa puede ejercer sobre la vida y el carácter de cualquier hombre. Además, cada día se está comprendiendo más claramente que la función del gobierno es negativa y restrictiva, más bien que positiva y activa; reduciéndose principalmente a la protección; protección de la vida, ó de la libertad, y de la propiedad. Las leyes, sabiamente administradas, darán seguridad á los hombres en el goce de los productos de su trabajo, ya sean intelectuales ó manuales, por un sacrificio personal relativamente pequeño; pero ninguna ley, por conminatoria que sea, podrá hacer laborioso al holgazán, previsor al pródigo, ó sobrio al enrio. Semejantes reformas sólo pueden ser efectuadas por medio de la acción individual, la economía, y la abnegación; por hábitos mejores, más bien que por grandes derechos.

Se ve comunmente que el gobierno mismo de una nación no es más que el reflejo de los individuos que la componen. El gobierno que está más elevado que su pueblo será inevitablemente arrastrado hasta su nivel, lo mismo que el Gobierno que esté más bajo que él, será al fin elevado. En orden de la naluraleza misma, es seguro que el carácter colectivo de una nación, encontrará tan ciertamente las consecuencias que le convienen en su ley y en su gobierno, como el agua encuentra su propio nivel. El pueblo noble será gobernado noblemente, y el ignorante y corrompido lo será innoblemente. Es cierto que la experiencia de todos los tiempos sirve para demostrar que el mérito y el poder de un Estado proceden mucho menos de la forma de sus ins tituciones que del carácter de sus hombres. Porque la nación es solamente un conjunto de condiciones individuales, y la civilización misma no es más que una cuestión de mejora personal de los hombres, de las mujeres, y de los niños, que constituyen la sociedad.

El progreso nacional es la suma de la laboriosidad individual

de la energia, y de la rectitud, como la decadencia nacional, lo es de la indolencia individual, del egoismo, y del vicio. Lo que estamos acostumbrados à censurar como grandes males sociales, se verá que en su mayor parte no es más que el producto de la vida pervertida del hombre mismo, y aunque nos esforcemos por cortarlos y extirparlos por medio de leyes, sólo conseguiremos que broten de nuevo con mayor vigor en otra forma cualquiera, à no ser que se mejoren radicalmente las condiciones de la vida personal y el carácter. Si esta apreciación es correcta, se deduce que el patriotismo y la filantropía más elevados, consisten no tanto en el cambio de las leyes y la modificación de las instituciones, como en ayudar y estimular á los hombres para que se eleven y mejoren por medio de su propia acción libre é independiente.

Podra ser de consecuencias comparativamente pequeñas el modo como un hombre sea gobernado desde fuera, mientras que todo depende de como se gobierna á sí mismo en lo interior. No es el mayor esclavo aquel que está dominado por un déspota, por grande que sea ese mal, sino aquel que sirve de juguete á su propia ignorancia moral, al egoismo, y al vicio. Las naciones que están esclavizadas de ese modo en su verdadero carácter, no pueden ser libertadas por el mero cambio de amos ó de ins. tituciones; y mientras prevalezca el engaño de que la libertad solamente depende y consiste en el gobierno, tendrán resultados tan limitados y tan poco duraderos esos cambios, cueste lo que costare para ser efectuados, como la mudanza de las figuras en una fantasmagoría. Los cimientos sólidos de la libertad deben descansar sobre el carácter individual, que también es la única garantía segura en favor de la seguridad social y del progreso nacional. Juan Stuart Mill observa con mucha justicia que hasta el mismo despotismo no produce sus peores efectos mientras se sostenga la individualidad bajo su poder; y todo lo que sojuzga por completo á la individualidad es despotismo, sea cual fuere el nombre que se le de.

Aparecen constantemente antiguos sofismas con respecto del progreso humano. Algunos piden Césares, otros nacionalidades, y otros leyes. Tendremos que esperar á los Césares, y cuando sean hallados, feliz el pueblo que los reconoce y los sigue (1).—

(1) Vida de Julio César, por Napoleón III.

Esta doctrina significa brevemente, todo para el pueblo, nada por el; doctrina que si se toma como guía, tiene que allanar rápidamente el camino hacia cualquier despotismo, al destruir la libre conciencia de la comunidad. El cesarismo es la idolatría humana en su peor forma, una adoración del mero poder, tan degradante en sus efectos como lo sería la adoración de la mera riqueza. Una doctrina mucho más saludable y que debiera ser inculcada en las naciones, sería la de la ayuda propia, y tan luego como sea perfectamente comprendida y puesta en acción, dejará de existir el cesarismo. Los dos principios son diametralmente opuestos, y lo que Víctor Hugo dijo de la pluma y la espada, se puede aplicar igualmente á ambos : Esta matará á

El poder de las nacionalidades y las leyes de los parlamentos aquella. es también una superstición predominante. Lo que dijo Guillermo Dargan, uno de los pátriotas irlandeses más verdaderos, al cerrarse la primera Exposición Industrial de Dublín, puede muy bien ser transcrito ahora : « A decir verdad, dijo, jamás he oído mencionar la palabra independencia sin que no se me vengan á la memoria mi país y mis compatricios. He oido mucho sobre la independencia que recibiríamos de éste, aquel, y el otro lugar, y de las grandes promesas que debiamos esperar que serian realizadas por personas de otros países, que vendrían entre nosotros. Mientras que aprecio tanto como cualquier hombre las grandes ventajas que nos deben resultar de esa comunicación, siempre he sido profundamente impresionado por el sentimiento de que nuestra independencia industrial depende de nosotros mismos. Creo que con la sencilla laboriosidad, y la cuidadosa conducta arreglada en la utilización de nuestras fuerzas, nunca hemos tenido una oportunidad mejor ni un programa más brillante que en el presente. Hemos dado un paso, pero la perseverancia es el gran agente del éxito, y si solamente continuamos con pasión y celo, creo con toda mi conciencia que en un corto periodo llegaremos á una posición de igual bienestar, de igual felicidad, y de igual independencia, que la de cualquier otro pueblo. »

Todas las naciones han llegado á ser lo que son hoy día por el esfuerzo de muchas generaciones de hombres pensadores y laboriosos. Los pacientes y perseverantes trabajadores de todas las clases y condiciones de la vida, los cultivadores de la tierra, y

and the same of the same of the same

los escudriñadores de las minas, los inventores y exploradores, los fabricantes, los mecánicos y los artesanos, los poetas, los filósofos y los políticos, todos han contribuído al gran resultado, construyendo una generación sobre la labor de la otra, y adelantándola á grados aún más elevados. Esta constante sucesión de nobles obreros — que son los artesanos de la civilización — ha servido para crear el orden sacándolo del caos, en la industria, la ciencia y el arte; y la raza existente ha llegado á ser por eso, en el curso de la naturaleza, heredera del rico legado formado por la habilidad y el trabajo de nuestros antecesores, que nos es entregado para utilizarlo y traspasarlo á nuestros sucesores, no solamente sin disminución, sino mejorado.

El espíritu de la ayuda propia, tal como se halla manifestado en la enérgica acción de los individuos, ha sido en todo tiempo un rasgo saliente del carácter inglés, y proporciona la verdadera medida de nuestro poder como nación. Elevándose sobre las cabezas del conjunto, siempre se ha encontrado una serie de individuos distinguidos sobre los demás, que visiblemente se hacian merecedores del respeto público. Pero nuestro progreso se debe también á multitud de hombres más pequeños y menos conocidos. Aunque sólo los nombres de los generales sean recordados en la historia de cualquier campaña grande, sólo se han ganado las victorias gracias, en gran parte, al valor individual y al heroísmo de los soldados. Y la vida también, es una batalla de soldado; entre los más grandes trabajadores siempre se han hallado hombres pertenecientes á las filas. Muchas son las vidas no escritas de hombres que sin embargo han cooperado tan poderosamente á la civilización y al progreso como los más afortunados grandes cuyos nombres menciona la biografía. Hasta la persona más humilde, que se pone à la vista de sus semejantes como un ejemplo de laboriosidad, de sobriedad y de honradez cabal en sus propósitos en la vida, ejerce una influencia, tanto presente como futura, en el bienestar de su país; porque su vida y su carácter pasan inconscientemente á la vida de otros, y propagan el buen ejemplo para todo tiempo futuro.

La experiencia diaria demuestra que el individualismo enérgico es lo que produce los efectos más poderosos sobre la vida y la acción de los demás, y lo que constituye realmente la mejor educación práctica. Las escuelas, las academias y los colegios, sólo dan los meros elementos de la cultura en comparación de

ésta. Muchísimo más influyente es la educación de la vida diaria que se da en nuestros hogares domésticos, en las calles, detrás del mostrador, en los talleres, en los telares, en el campo, en los escritorios, en las fábricas y en los activos quehaceres de los hombres. Esta es la instrucción que nos da la última mano como individuos de la sociedad, y que Schiller designaba como la educación de la raza humana, que consiste en la acción, la conducta, la cultura propia, el dominio sobre si mismo - todo aquello que tiende á disciplinar verdaderamente á un hombre, y á adaptarlo para el debido cumplimiento de los deberes y asuntos de la vida, - una especie de educación que no se aprende en los libros, ni se adquiere con ninguna cantidad de mera enseñauza literaria. Observa Bacon con el acostumbrado peso de sus palabras, que : Los estudios no enseñan su mismo uso; pero que es sabiduría to que se gana con la observación sin ellos, y por encima de ellos; observación que conviene á la vida actual, tanto como al cultivo mismo de la inteligencia. Porque toda experiencia sirve para ilustrar y dar fuerza á la lección de que, un hombre se perfecciona por el trabajo más bien que por la lectura, que aquella que tiende perpétuamente á renovar el género humano, es más bien la vida y no la literatura, la acción más bien que el estudio, y el carácter más bien que la biografía.

Con todo, las biografías de hombres, pero especialmente la de los hombres de bien, son lo más instructivo y útil como auxiliares, guías, y estimulo para los demás. Algunas de las mejores casi equivalen á evangelios, pues enseñan un modo de vivir noble, una manera de pensar elevada, y una acción enérgica para su propio bien y el de los demás. Los preciosos ejemplos que ofrecen del poder de la Ayuda propia, del propósito paciente, la labor constante, y la integridad inmutable, influyendo en la formación del carácter verdaderamente noble y viril, muestran en un languaje inequívoco, lo que cada uno puede realizar por sí mismo, por estar en sus facultades poderlo hacer; é ilustra elocuentemente la eficacia del respeto propio y la confianza en sí mismo, que pone hasta á los hombres de la más humilde posición en estado de labrarse una honrosa y holgada posición de

fortuna y una reputación sólida.

Los grandes hombres de la ciencia, la literatura, y el arte—
apóstoles de las grandes ideas y señores de los grandes corazones— no han pertenecido exclusivamente á una sola clase so-

cial. Han salido igualmente de los colegios, los talleres y alquerías, de las chozas de los pobres y de los palacios de los ricos. Algunos de los más grandes apóstoles de Dios han salido de las filas. Algunas veces han sido ocupados los puestos más elevados por los más pobres, y las dificultades aparentemente más insuperables no han sido obstáculos para su camino. En muchos casos esas mismas dificultades, hasta parecen haber sido sus mejores auxiliares, despertando sus fuerzas de labor y de resistencia, y estimulando á obrar á facultades que de otro modo hubieran quedado aletargadas. Los casos de obstáculos vencidos así, y de triunfos llevados á cabo de ese modo, son en verdad tan numerosos, que casi comprueban por completo el proverbio de que con voluntad se realiza lo que se quiere. Ved, por ejemplo, el hecho notable de haber salido de una barbería Jeremías Taylor, el más poético de los teólogos; sir Ricardo Arkwright, el inventor de las máquinas de hilar y de la manufactura del agodón; lord Tenterden, uno de los más distinguidos presidentes del tribunal supremo de Inglaterra; y Turner, el mejor de los de paisajistas ingleses.

Nadie sabe de una manera positiva lo que era Shakspeare, pero es incuestionable que procedía de humilde posición. Su padre era carnicero y ganadero; y se cree que el mismo Shakspeare fué cardador en sus primeros años; mientras que otros aseveran que fué subpreceptor de una escuela, y después escribiente de un notario. En realidad parece haber sido el epitome de toda la humanidad. Porque tal es la exactitud de sus términos marinos que un escritor naval sostiene que ha debido ser marino; mientras que un sacerdote infiere de la prueba que se deduce de sus escritos, que ha debido ser escribiente de algún clérigo, y un distinguido juez en materia de caballos insiste en que ha debido ser chalán. Shakspeare fué ciertamente actor, y en el transcurso de su vida representó muchos papeles, recogiendo su maravilloso cúmulo de saber de un vasto campo de experiencia y de observación. De todos modos, debió ser aplicadísimo hombre de estudio y trabajador incansable. Hoy mismo continúan ejerciendo sus escritos una poderosa influencia en la formación

del carácter inglés.

La clase común de los jornaleros nos ha dado á Brindley, el ingeniero; Cook, el navegante; y Burns, el poeta. Los albañiles pueden jactarse de haber producido á Ben Jonson, quien trabajó

en la construcción de Lincoln's Inn con una paleta en la mano y un libro en el bolsillo; Edwards y Telford, ingenieros; Hugo Miller, el geólogo; y Allan Cunningham, el escritor y escultor; mientras que entre los carpinteros distinguidos encontramos los nombres de Ínigo Jones, el arquitecto; Harrison, el fabricante de cronómetros; Juan Hunter, el fisiólogo; Romney y Opie, pintores; el profesor Lee, orientalista, y Juan Gibson, escultor.

De la clase de tejedores han salido Simson, el matemático; Bacon, el escultor; los dos Milners, Adam Walker, Juan Foster, Wilson, el ornitólogo; el doctor Livingstone, viajero y misionero, y Tannahill, el poeta. Los zapateros nos han dado á sir Cloudesley Shovel, el gran almirante; Sturgeon, el electricista; á Samuel Drew, autor de ensayos; Gifford, redactor de la « Quarterly Review »; Bloomfield, el poeta, y Guillermo Carey, el misionero; mientras que Morrison, otro misionero laborioso, era fabricante de hormas de botines. Ultimamente ha sido descubierto un profundo naturalista en la persona de un zapatero de Bauff, llamado Tomás Edwards, quien, gananándose la subsistencia con su oficio, ha dedicado sus horas de ocio al estudio de las ciencias naturales en todas sus ramas, habiendo sido premiadas sus investigaciones sobre los pequeños crustáceos con el descubrimiento de una nueva especie, á la que se le ha dado por los naturalistas el nombre de Praniza Edwardsü.

Tampoco han dejado de distinguirse los sastres. Juan Stow, el historiador, trabajó en el oficio durante algún tiempo de su vida. Jackson, el pintor, hacía trajes hasta llegar á la edad viril. El bravo sir Juan Hawkswood, que se distinguió tanto en Poitiers, y fué armado caballero por Eduardo III, como premio de su valor, fué, en sus primeros años, aprendiz de un sastre de Londres. El almirante Hobson, que rompió la cadena que cerraba el puerto de Vigo en 1702, pertenecía al mismo gremio. Se hallaba trabajando como aprendiz de sastre en las inmediaciones de Bonchurch, en la isla de Wight, cuando corrió por la aldea la noticia de que una escuadra de buques de guerra se iba á dar á la vela. Saltó del mostrador, y corrió con sus camaradas para admirar el hermoso espectáculo. Sintióse de pronto inflamado el muchacho por el deseo de ser marino; y saltando á un bote, remó hasta la escuadra, llegó hasta el buque del almirante, y fué aceptado como voluntario. Algunos años después, regresó á su aldea natal colmado de honores, y comió un

plato de huevos y tocino en la casucha en que había trabajado como aprendiz. Pero el sastre más notable de todos es sin dispata Andrés Johnson, actual presidente de los Estados Unidos, hombre de una fuerza de carácter extraordinaria, y de vigorosa inteligencia. En su gran discurso, en Washington, cuando refería que había principiado su carrera política como regidor, y había recorrido todos los grados de la legislatura, uno de los concurrentes dijo en alta voz: Principiando desde sastre. Fué característico en Johnson tomar á buenas lo que se le decía como un sarcasmo, y hasta hacerle exclamar: — « Un señor dice que he sido sastre. Esto no me desconcierta en lo más mínimo; porque cuando yo era sastre tenía la reputación de serlo bueno, y hacer los trajes á la medida; siempre fuí exacto con mis parroquianos, y siempre les hice buen trabajo. »

El cardenal Wolsey, De Foe, Akenside, y Kirke White eran hijos de carniceros; Bunyan era latonero, y José Lancaster hacía cestos. Entre los grandes nombres identificados con la invención de las locomotoras se encuentran los de Newcomen, Watt, y Stephenson, herrero el primero, fabricante de instrumentos matemáticos el segundo, y el tercero fogonero de máquinas de vapor. El predicador Huntingdon fué acarreador de carbón, y Bewick, el padre del grabado sobre madera, era minero de carbón. Dodsley era lacayo, y Holcroft mozo de cuadra. El navegante Baffin principió su carrera marítima en calidad de grumete, y sir Cloudesley Shovel como mozo de cámara. Herschell tocaba el oboe en una banda militar. Chantrey era jornalero tallista; Etty, cajista de una imprenta, y sir Tomás Lawrence era hijo de un tabernero. Miguel Faraday, hijo de un herrero, fué en su primera juventud aprendiz de un encuadernador, y trabajó en ese oficio hasta la edad de veinte y dos años; ahora ocupa el primer lugar como filósofo, sobresaliendo sobre su mismo maestro, sir Humphry Davy, en el arte de exponer claramente los puntos más difíciles y abstrusos en las ciencias naturales.

Entre los que han dado mayor impulso á la sublime ciencia de la astronomía, encontramos á Copérnico, hijo de un panadero polaco; Kepler, hijo de un tabernero alemán, y garçon de cabaret; (1) d'Alembert, un expósito encontrado una noche de invierno sobre las gradas de la iglesia de Saint-Jean le Rond de

⁽¹⁾ Mozo de taberna.

Paris, y criado por la mujer de un vidriero; y Newton y Laplace, el uno, hijo de un pequeño arrendatario de las inmediaciones de Grantham, el otro hijo de un pobre campesino de Beaumont-en-Auge, cerca de Honsleur. À pesar de las contrariedades relativamente adversas de sus primeros años, alcanzaron estos hombres distinguidos una reputación duradera por medio del empleo de su genio, que ninguna riqueza del mundo podía haber comprado. Quizá la posesión de riquezas hubiera sido un obstáculo mayor que los humildes medios en que habían nacido. El padre de Lagrange, el astrónomo y célebre matemático, ocupaba el empleo de tesorero de guerra en Turin; pero habiéndose arruinado en ciertas especulaciones, quedó su familia comparativamente, en la pobreza. Posteriormente atribuía Lagrange deber en parte á ésta circunsiancia su fama y su felicidad. - Si hubiera sido rico, — decia — probablemente no me habria hecho

Los hijos de sacerdotes y teólogos, generalmente se han dismatemático. tinguido sobre todo en la historia de nuestro país. Entre ellos encontramos los nombres de Drake y Nelson, celebrados por el heroismo naval; de Wollaston, Young, Playfair, y Bell, ilustres en la ciencia; de Wren, Reynolds, Wilson, y Wilkie, en las artes; de Turlow y Champbell, en las leyes; y de Addison, Thompson, Goldsmith, Coleridge, y Tennyson, en la literatura. Lord Hardinge, el coronel Edwardes, y el mayor Hodson, tan honrosamente conocidos en las guerras de la India, eran también hijos de sacerdotes. En verdad, el imperio de Inglaterra en la India fué conquistado y conservado principalmente por hombres de la clase media, tales como Clive, Warren Hastings, y sus sucesores; hombres creados en su mayor parte en las factorias y educados en el hábito de los negocios.

Entre los hijos de abogados encontramos á Edmundo Burke, Smeaton, el ingeniero; Scott y Wordsworth, y los lores Somers, Hardwick, y Dunning. Sir Guillermo Blakstone era hijo póstumo de un mercader de sederías. El padre de lord Gifford era almacenero en Dover; el de lord Denham, médico; el del juez Talfourd, cervecero en el campo; y el de lord Presidente, barón Pollock, un afamado talabartero en Charing Cross. Layard, el descubridor de los monumentos de Nínive, era amanuense en la oficina de un escribano de Londres; y sir Guillermo Armstrong, inventor de la maquinaria hidráulica y del cañón Armstrong, tembién estudió leyes y ejerció algún tiempo como ahogado. Millon era hijo de un notario de Londres; y Pope y Southey de fabricantes de lienzos. El profesor Wilson era hijo de un manufacturero de Paisley, y lord Macauley de un comerciante de Africa. Heats era droguero, y sir Humphry Davy aprendiz de boticario en un pueblo del campo. Hablando de si mismo, dijo una vez Davy: - Lo que soy me lo debo a mi, digo esto sin vanidad y con toda ingenuidad y pureza. Ricardo Owen, el Newtón de la historia natural, principió su carrera como guardamarina, y no se dedicó á las investigaciones científicas, en que más tarde tanto se ha distinguido, sino ya muy entrado en la vida. Puso los cimientos de su gran saber mientras se hallaba ocupado en hacer el catálogo del magnifico museo reunido por la laboriosidad de Juan Hunter, trabajo que le tuvo ocupado en el colegio de cirujanos durante un período de diez años.

La biografia extranjera, no menos que la inglesa, abunda en ejemplos de hombres que han glorificado la suerte de la pobreza con sus trabajos y su genio. En el arte encontramos à Claude, hijo de un pastelero; Geefs, de un panadero, Leopoldo Robert, de un relojero; Haydn, de un fabricante de carros, y Daguerre era pintor escenógrafo en la ópera. El padre de Gregorio VII, era carpintero; el de Sixto V, pastor, y el de Adriano VI, un pobre barquero. Siendo muchacho Adriano, y no pudiendo pagar una vela con cuya luz pudiera estudiar, tenía la costumbre de preparar sus lecciones à la luz de los faroles en las calles y atrios de las iglesias, poniendo de manifiesto una paciencia y una laboriosidad tales, que fueron los seguros precursores de su distinción futura. De igual origen humilde era Hauy, el mineralogista, hijo de un tejedor de Saint-Just; Hautefeuille, el mecánico, de un panadero de Orleans; José Fourier, el matemático, de un sastre de Auxerre, Durand, el arquitecto, de un zapatero de París; y Gesner, el naturalista, de un curtidor de pieles, en Zurich. Este último principió su carrera en medio de todas las desventajas consiguientes á la pobreza, enfermedad, y miserias domésticas; ninguna de las cuales, sin embargo, fué suficiente para entibiar su valor ó impedir su adelanto. Su vida fué realmente un ejemplo eminente como ilustración de la verdad del dicho, de que aquellos que más tienen que hacer y están dispuestos á trabajar, son los que hallan más tiempo. Pedro Ramus era otro hombre del mismo carácter. Hijo de padres pobres